

Un joven llamado Aly, que quería aprender a leer y escribir, partió un día en busca de una escuela. Dejó su provincia para ir a la región de Kayor, en Senegal.

Allí vivía un erudito que enseñaba a los niños. Aly se quedó con su maestro todo el tiempo que fue necesario. Cuando supo leer y escribir perfectamente, decidió irse a casa.

El día que se fue, un compañero de clase, que pertenecía a la especie-genio, le dijo:

«Somos amigos. Ya que vuelves a casa, te encargaré un mensaje para mis padres y te transportaré a tu aldea a la velocidad del rayo. No sabes quién soy, pero te conozco bien, porque nacimos en el mismo lugar. Los genios nos reconocemos muy bien, pero ustedes los humanos no pueden vernos. Cuando estés en tu casa, pon este anillo de plata en tu dedo y podrás ver a los espíritus y sus aldeas. Si te lo quitas o lo pierdes, todo volverá a desaparecer».

El genio le pidió a Aly que se sentara en la alfombra y cerrara los ojos. Tan pronto como Aly obedeció, se encontró a sí mismo, como por arte de magia, en la mañana siguiente. Aly se puso el anillo en el dedo. Luego vio a todos los espíritus y sus aldeas. Fue a visitar a la familia de su amigo:

«El genio, su hijo, les manda saludos», les dijo.

«¿Y dónde está nuestro querido hijo?», le preguntaron.

«Lo dejé en un pueblo de Kayor, sigue asistiendo a la escuela».

«¡Ah!», gritaron los padres, «¡Nuestro valiente pequeño se está portando bien! Y tú, Aly, tienes que ir a casa, pero siempre que tengas tiempo libre, asegúrate de venir a vernos».

Aly regresó con sus padres, pero siempre que tenía la oportunidad, hacía largas visitas a los genios. Fue porque había visto a la hermana de su camarada, Fatoumata, una linda jovencita, y quería casarse con ella. Cuando le hizo su declaración, Fatoumata respondió:

«¡No pido nada mejor! Sin embargo, dudo si casarme con un ser humano... ¡Estás tan enojado! ¡Y tan hablador! ¡Y mientes tan fácilmente! Con nosotros no es lo mismo: un genio nunca pierde los estribos, nunca traiciona un secreto, solo habla para decir la verdad».

Aly protestó: «¡Cuando nos casemos, verás que yo tampoco me dejo llevar y que nunca miento!».

«Si es así, ¡el matrimonio está concluido! Te acepto como esposo. ¡Pero te prohíbo que reveles a nadie que te casaste con una mujer de la especie-genio».

Ella escuchó cómo Aly lo prometió. «Bueno», dijo Fatoumata, «podemos celebrar nuestra boda». Desde entonces Fatoumata y Aly vivieron felices, pero un día, cuando Fatoumata había dejado el pueblo al amanecer para ir con su familia, Aly se despertó y descubrió que, durante la noche, su granero de mijo se había incendiado, su purasangre estaba muerto y su poderoso toro había caído al fondo del pozo. Aly, y toda su familia con él, estaban desesperados.

Fatoumata regresó al final del día. Al acercarse a la choza de su marido, escuchó a su madre lamentarse:

«¡En un solo día, aquí está tu granero de mijo, devorado por las llamas! ¡Tu caballo de pedigrí está muerto! ¡También tu gran toro, un toro de cinco años, está muerto! ¡Esta casa se arruinará en poco tiempo! ¡Tenía que suceder! ¡Esta es la consecuencia de su matrimonio con una mujer de la especie-genio!».

Con estas palabras, Fatoumata decidió volver con su familia. Pero antes de desaparecer, siguió a Aly a los campos y, cuando se quedó dormido para tomar una siesta, ella le quitó el anillo de plata.

Cuando se despertó, Aly ya no podía ver a los espíritus ni a sus aldeas. Trató de seguir el camino que conducía a Fatoumata, en vano. El pueblo había desaparecido.

Un buen día, Fatoumata regresó a la aldea de Aly. Lo encontró dormido y lo despertó. Él gritó: «¿Fatoumata? ¿De dónde vienes?».

«Vengo de mi pueblo».

«¡Eso no es cierto! ¡Todos lo dejaron!».

«No, todavía vivimos allí».

«Entonces, ¿por qué no vivimos allí como solíamos hacerlo?».

«¡Porque ahora nuestro matrimonio está roto por mi voluntad!»

«¿Por qué lo rompiste?».

«¡Porque rompiste tu promesa! Cuando me pediste que fuera tu esposa, ¿no te dije que sería difícil para mí seguir así porque los humanos se dejan llevar, mienten y llevan chismes de un lado a otro?».

«Y, ¿cuándo me dejé llevar? ¿Sobre qué mentí? ¿Por qué dices que era hablador?».

«Tenías la lengua demasiado larga».

«Pero, ¿qué pasa? ¡Dime finalmente!»

«Recuerda el día en que se consumió tu granero de mijo, tu caballo murió y tu gran toro cayó al pozo. ¡Todo esto no lo ignoraba! Pero me fui para no volver, porque escuché a tu madre quejarse de mí, lo cual es prueba de que le revelaste nuestro secreto y de que traicionaste tu promesa. Te diré lo que realmente pasó: me quedé contigo hasta el amanecer. Llegó Azrael, el ángel de la muerte con los brazos llenos de ojos y llevando un árbol en la cabeza. Quería contactarte. Lo empujé hacia atrás y lo arrojé sobre tu granero de mijo, que se quemó. Luego trató de llevarse a tu madre. Lo tiré sobre el caballo, que colapsó bajo su peso. Sin embargo, fue terco al quedarse, dispuesto a vengarse de tu hermana. Y yo, por tercera vez, luché contra él y lo empujé hacia atrás. Cayó sobre el toro, que murió cayéndose en el pozo. Si te hubiera dejado morir a ti, a tu madre y a tu hermana, ¿qué le habría pasado a tu casa? ¡Ella se habría perdido! Y si todavía estáis vivos, ¡fue gracias al fuego en el granero de mijo, la muerte del caballo y la muerte del toro! ¿No es mejor que las cosas salieran así? Me traicionaste, pero antes de dejarte para siempre, tuve que revelarte la verdad».

Y Fatoumata se fue.

Aly nunca volvió a verla.